

clados de esperanza y de dolor. Entretanto, riego con lágrimas las pisadas del Salvador. Sigo callado el rastro de la sangre que me conduce al pié de la cruz. Pero está desierto. Pasemos al sepulcro. ¡Qué celestiales acentos arrebatan allí el alma enterrecida! Algunas voces lúgubres y suaves entonan en medio de la noche un himno profético. ¡Oh madre dulce! ¡oh dulces garfios! ¡oh dulcísimo peso! ¡Lengua mia! ¡revela á los siglos atónitos el lauro de la victoria, y anuncia el grande triunfo sobre el trofeo de la Cruz! Parece ver vagar en torno de la urna radiante las sombras de los antiguos profetas. Su voz hiere mi oído. No hay duda: cumpliósese la esperanza de los siglos. El Dios que reina desde el leño, resplandece en su sepulcro lleno de gloria y majestad. Pero no tenemos todavía el himno de júbilo. En estas lágrimas concedidas al Hijo, hay una parte para la Madre, á la cual el Evangelio nos la presenta triste; pero firme al pié de la Cruz en que acaba de espirar el Salvador. Y en memoria de aquella elejía sublime que tan dulces acentos inspiró á Palestrina, á Hayden, á Gluch, á Pergoleso y á Rosini.

Firme junto á la Cruz sacrosanta,
En pié estaba la Madre doliente,
Contemplando de aquella pendiente
A Jesus su delicia y amor.

Y en profundos sollozos, y en tanta
Fiera angustia apenada gemia,
Que pasado su pecho sentia
Por la espada cruel del dolor.

¡Cuál sería el horrible tormento
De aquella alma tan cándida y pura!
¡Cómo el cáliz de atroz amargura
Del Dios Hijo la Madre agotó!

¡Ver un Hijo y un Dios, el aliento
Con fatiga exhalando, y que espira!
De esa Madre el penar, que le mira,
Decid, madres, ¿qué madre provó?

¿Quién el raudo llorar contendría,
Aunque el pecho de tigre encerrara,
Si á la Madre de Cristo observara
Abismada en tan hondo sufrir?
¿Y á la Madre y al Hijo á porfía
Sucumbir de tormento en tormento,
Y del Hijo el martirio sangriento
En su pecho la Madre sentir?

Vió la Madre á Jesus en tortura
Por las culpas de un pueblo, que ingrato
A su Dios sacrifica insensato;
Vióle objeto de llanto y pesar.

Vióle sobre el Calvario, por dura
Mano vil, en el leño clavado,
El aliento exhalar desolado,
Y la faz moribunda inclinar.

Madre dulce, purísima fuente
De magnánimo amor, de amor santo,
Por piedad no desdeñés mi llanto,
Llegue al alma tu fiero dolor:

Sienta al ménos mi pecho ferviente
En la llama divina abrasarse,
Y del fango brutal despegarse
Para ser agradable al Señor.

Las heridas del Hijo cruentas
En mi fiel corazón ¡ay! imprime,
Que las penas sin fin en que gime
Todas juntas se deben á mí:

Yo merezco las crudas afrentas,
Fieros golpes, agudos garfios;
Si los yerros, ¡oh Madre! son míos,
¿No podré yo llorar junto á tí?

A tu lado podré dolorido
Y pegada á la tierra mi frente,
Ya que no condolerme inocente,
Adorar al que espira en la Cruz.

Y expiar en contrito gemido
Cabe tí mis injustas ofensas,
Y plañir en tus penas inmensas
La agonía cruel de Jesus.

Y ora tú, que de vírgenes santas
En los cielos el coro presides,
No en tu gloria este mísero olvides
Que desea contigo gemir.

Haz que siempre, postrado á las plantas
Del pendiente Jesus, yo suspire,
Y que siempre presente le mire,
En su leño sangriento sufrir.

De sus llagas mi pecho llagado,
Por su cruz sacrosanta oprimido,
De su sangre divina teñido,
Haz que parta con él el penar;

Para que por tu ruego, aplacado
Pueda hallarle en el último día
Cuando el mundo estará en agonía;
¡Pueda entónces en él esperar!

¡Oh Jesus! al salir del destierro,
No abandones una alma que llora,
Para quien piadosa te implora
Tu fiel Madre la palma inmortal.

Cuando salga por fin de su encierro
Mi alma pobre, y remonte su vuelo,
No le niegues su entrada en el cielo,
Y el gozar de tu gloria eternal.

Llevando clavada en su alma la flecha mortal por espacio de treinta y tres años, María puede llamarse la mártir de todos los instantes, y al fin fué, despues de Jesucristo, la gran Mártir de la cruz. Ella representaba en sí sola toda la humanidad redimida; pero su fé sobrehumana la hacia padecer como toda la humanidad junta, que vé morir á su Criador y Salvador. Los vínculos de carne y sangre, tan puros en el tierno y delicado corazon de la Madre Virgen, aquel amor penetrante y depurado de una maternidad singular y privilegiada, producian un sentimiento heróico y sobrenatural, hiriendo atrozmente la fibra sutil de un pecho casi divino. María hacia á Dios el pleno y entero sacrificio de su Hijo, uniéndose á la justicia del Padre celeste, que inmolaba esta gran víctima á su gloria; ofreciendo con toda la gran fuerza de su corazon y haciéndose superior á su propia ternura, la muerte de Jesus por cada uno de nosotros, y á esta ofrenda juntaba la de su inmenso dolor.

La muerte hubiera sido para María un consuelo, un paraíso: pero era fuerza dejar al Hijo de Dios en las orillas del sepulcro, fuerza era verle atravesar, sin volar con él, los umbrales de la eternidad y seguir sobre el Gólgota el amargo sacrificio. Fuerza era recibir en el corazon la lanza cruel que desgarró el costado exánime del Hijo, desclavarle del leño, recibirle en los brazos, dejarle en la tumba, y al oír caer la losa con estrépito, quedar abismada en la soledad mas lóbrega que se haya conocido sobre la tierra.

Mientras que el Hijo, en medio de los himnos de júbilo de los coros de los patriarcas y de las liras de los profetas, subia radiante de gloria, acompañado de los ilustres cautivos que acababan de romper sus cadenas, María, sola, desolada, fúnebre como

un mundo sin sol y sin firmamento, tragaba á largos sorbos la copa de un amor supremo, inexplicable, voraz, que atormentaba su inocente y maternal espíritu con toda la fuerza de un centuplicado martirio, del cual no es mas que sombra el dolor de todos los mártires juntos; porque sufría con una fuerza que participaba en cierto modo de la fuerza de la Divinidad.

Pero enjuguemos por un momento nuestras lágrimas, y trasportémonos de repente á la plenitud de los tiempos y al seno de la caridad, para no ver en los dolores de María sino la gloria de María. Así, pues, como el Hijo Dios humanado, de lo mas profundo de la humillacion y del sufrimiento, fué elevado al mas alto punto de la gloria y del poder, á cuyo solo nombre doblan la rodilla los cielos, la tierra y los abismos; así tambien, por la parte inmediata que tuvo María en la redencion del linaje humano, del mas hondo seno de su humildad y de su dolor, fué exaltada al trono de la gloria mas encumbrado que puede tener la criatura en los tabernáculos de la eternidad, y sus acerbos y desgarrantes dolores aparecen como otros tantos rayos de gloria en la faz radiante de la Virgen escogida, Hija, Madre y Esposa de Dios, reflejo de la Trinidad beatísima, y embeleso supremo del Criador entre todos los seres criados. Vestida de astros mas bellos que los que forman los cortinajes del cielo, coronada de la majestad de Dios, con el cetro sobre todas las inteligencias creadas que el Arbitro Soberano ha puesto en sus manos, triunfa en la gloria de sus dolores, como Jesús triunfa en las señales de sus llagas: y cuando ruega á su Hijo Divino por el hombre extraviado ó arrepentido, no solo le muestra el seno que le llevó y los pechos purísimos que le alimentaron, sino que le señala tambien su corazón, aquel corazón atravesado por siete agudos cuchillos de afliccion y de tormento. Y el ascendiente que tienen con Dios los ruegos en favor del hombre, de esta Reina entre los santos, así como lo fué entre los mártires, no es por cierto la menor de las glorias de sus dolores.

El pavor y los temores de los verdugos de Jesucristo habian cesado ya, y la calma sombría del impío habia renacido en su pe-

cho renceroso. Bajo un cielo sereno, se les habia debilitado la impresion de los horrores; recientes y tenaces en su obcecacion como un vértigo continuo, preferian atribuir los portentos pasados al poder de la mágia y de las tinieblas, que á la fuerza del que crió la luz, algo semejantes en esto á algunos de nuestros filósofos, que prefieren atribuir al acaso ó á una ciega fatalidad las maravillas creadas, que al poder de una inteligencia suprema y de una bondad infinita.

La desolada Madre se habia unido á las santas mujeres para dar al cuerpo sagrado de Cristo los honores del sepulcro. María habia visto desclavarle de la cruz, arrancar los clavos de sus manos y de sus piés, y de su cabeza la corona de espinas que estaba en ella undida: vió lavar y enjugar su cuerpo cubierto de llagas, y su rostro desfigurado por la sangre, por las heridas y por la palidez de la muerte. ¡Oh! ¡qué besos de amor y de dolor imprimió sobre aquella frente adorable, sobre aquel costado abierto, sobre aquellos piés y aquellas manos taladradas! Ella ayudó, segun parece, á embalsamarlo, á envolverlo en una sábana, y en un sudario: ella le acompañó hasta el sepulcro en que fué depositado: ella se encerró allí con él en espíritu, y no se retiró sino como arrancada por Juan y los demas que se afanaban en consolarla.

Las almas piadosas han seguido espiritualmente á María en su amarga soledad, y han formado para ella otro camino de dolor, desde el sepulcro hasta la casa del amado discípulo, á donde parece se dirigió, segun opina el P. La Palma en su *Historia de la Pasión*. Cuando el dolor tiene en qué cebarse, se derrama por decirlo así, sobre el objeto querido, aunque sea exánime ó desfigurado; pero cuando éste le falta, se reconcentra todo dentro del alma y gravita sobre ella con todo su peso. El corazón queda como un lóbrego desierto, como el pensamiento, y para él se cubre de luto toda la naturaleza. María, arrancada por el amor del sepulcro de su Hijo, queda en una desolacion completa. La noche se acerca, y para volver á Jerusalem, preciso es pasar por el Calvario. Párase sobre esta montaña, junto con la silenciosa

comitiva, y reviven á cada paso todas las llagas acerbadas del corazón. La cruz aun está levantada y teñida con la fresca sangre de su Hijo: ¡cuántos cuchillos hundirían en aquel tierno pecho sus mortales puntas! ¡Cuántos martirios juntos abismarían su alma en un penar inconcebible! Entra despues en la ciudad deicida. ¡Qué nuevo género de tormento! ¡Allí fué condenado á muerte infame el mas justo, el mas inocente, el mas amante de los hombres! Allí una ingratitud tan negra como la perfidia, se cebó en la humillacion, en la calumnia, en el escarnio, en la crueldad mas fiera y brutal contra el mas manso, el mas sufrido, el mas tierno de los nacidos de mujer! Allí el hombre llegó al colmo de su iniquidad, pisoteando la santa humanidad de Dios, y descargando la mano sacrílega sobre su adorable persona. Cada calle de Jerusalem es un nuevo suplicio para la Madre de Jesus; cada edificio público le recuerda una atroz iniquidad; cada una de aquellas frentes altaneras y pérfidas, que la miran con befa ó con desden, le hace exhalar un profundo suspiro. Retírase por fin á la casa de Juan; pero Juan no es Jesus. Y aunque María tenía una fé firmísima en la resurreccion de su divino Hijo, en nada minoró la esperanza de verle resucitado el tormentoso sacrificio de su maternal corazón.

Despuntaba el dia tercero desde la muerte del Salvador, y algunas mujeres galileas, cargadas de preciosos perfumes, caminaban hácia el sepulcro de Jesus para embalsamarle á la manera de los reyes de Judá: y segun la tradicion, María se hallaba entre estas mujeres; y en medio de los celajes del dolor, percibíase en su semblante un rayo de esperanza. Entretanto la ciudad deicida yacia sumida entre las sombras que huían, como un asesino que duerme aletargado en lo hondo de una caverna. Pero la naturaleza parecia adornarse con todas sus galas, y la luz que suavemente se difundia en torrentes de púrpura, prenunciaba un dia sereno y esplendente.

Azorados los satélites del Sanedrín por la seguridad con que Jesus habia prometido resucitar el dia tercero, hicieron

velar el sepulcro por una guardia numerosa, y asegurarlo con el sello de la autoridad pública. Pero el temblor que se deja sentir repentinamente, hace rodar la piedra enorme del sepulcro, los guardias caen semi-muertos, pegando sus rostros contra el suelo: y aquellas mujeres tan constantes que no abandonaron á Jesucristo en la cruz, pálidas ahora y azoradas, retroceden, temiendo que no se renueven los espantosos prodigios que anunciaron la muerte del Hombre Dios. Pero un espíritu celeste, cuyos vestidos resplandecian de blancura y cuya faz irradiaba como los albores fúlgidos de un astro, las socióga diciéndoles: “No temais, Jesus, á quien han crucificado, no está aquí; ha resucitado como lo habia predicho; venid y ved el lugar en que fué colocado el Señor.” Y atónitas las piadosas galileas contemplaban á los bordes del sepulcro las fajas perfumadas y el sudario. María, algo distante, María, que ni un momento abandonó la esperanza en la resurreccion de su Hijo, gozaba y de su vista, y es indudable que seria la primera en verle resucitado en aquellos mismos momentos en que sus compañeras examinaban el vacío sepulcro. Y así como experimentó un dolor sobrehumano que llegó á abatir, aunque sin vencerla, la fortaleza de su espíritu, probaria entónces un grado tan intenso de júbilo, que nosotros no pudiéramos soportar sin morir. El Evangelio que refiere tantas apariciones de Jesus resucitado á los apóstoles, no dice que se apareciese á su santa Madre. Pero la razon es óbvia. Los apóstoles habian de certificar la resurreccion de Jesucristo: el objeto de su ministerio era el publicarla por toda la tierra, y los evangelistas debian referir las principales pruebas que de ello les habian convenido. Pero María no estaba destinada para predicar á los pueblos á Jesus crucificado, y por lo mismo no era necesario que los evangelistas hiciesen mencion de las visitas que de su Hijo habia recibido, y que su humildad tendria muy bien ocultas, cuanto mas multiplicadas, pues ninguna razon la impulsaba á publicarlas.

Este dia grande del Señor se anuncia entre nosotros como el glorioso triunfo de Jesus sobre todas las potestades de la muerte y

del infierno, y como la prueba mas patente de la verdad de nuestra fé. Despues del lúgubre plañido del sepulcro, y del luctuoso silencio del dolor, aparece súbitamente el grito universal de alegría.

¿Por qué el cañon que anuncia la muerte de los reyes ha tronado como una señal de triunfo? ¿A quién proclaman de repente los sonoros bronces en la region de los aires? ¿Un momento bastó para trasformar el silencio y los suspiros del dolor en cánticos de júbilo é himnos de victoria en todo el orbe cristiano? ¿Qué voz gloriosa sale súbitamente del sepulcro? ¿Quién ha roto las cadenas de la hija del delito? Aquel que la amenazó ya por su Profeta: ¡Oh muerte! yo seré tu muerte. ¡Oh infierno! yo te destruiré. Al herirle quedó vencida para siempre y le entregó las llaves de sus abismos.

Un torrente de luz sale de la losa sombría en donde hasta ahora el polvo del hombre se confundia entre la nada y el olvido. Dios mismo ennobleció con su presencia el oscuro palacio de la muerte. Esta no será mas que un sueño pasajero para el hombre rescatado, y la cuna de una vida inmortal. Salido ha del sepulcro una ráfaga celestial que abre la senda de la vida á todas las generaciones futuras. El Omnipotente, tan grande como en la creacion, cubierto con el resplandor de su divinidad, conserva todavía las señales augustas con que nos redimió, resucita con todas las almas de los justos, y deja á todos los hijos de Adan la inocencia y la felicidad. ¿Qué inagotables esperanzas acaba de derramar Dios sobre la tierra? La vida que pasa como una flor, será un corto destierro suavizado por el amor y por la esperanza. El hombre, ántes apartado de Dios, comprará con algunos instantes de afan las dulzuras de la gracia y la seguridad de un triunfo eterno. El sufrimiento y el dolor le santificarán ante el Sér Supremo, y no dejará el barro sino para volar á incorporarse con su centro, que es Dios, en una venturosa inmortalidad.

En efecto: ese gran misterio es la base de nuestra creencia, el fundamento de la religion, el garante de las promesas del Salvador

y de nuestro triunfo en Jesucristo. La fé sublime y la sencilla razon le acatan á un tiempo. Brilla como la antorcha del dia á los ojos de los grandes y de los pequeños; y preseindiendo aun de la revelacion, está apoyado en hechos indestructibles, como si el Señor lo hubiera querido ostentar al mundo para consuelo de sus hijos y testimonio eterno de su victoria.

Jesucristo resucitó. Los primeros que anunciaron esta gran verdad al mundo redimido, no pudieron ser engañados ni engañarnos. Nada crédulos unos, abatidos otros por la muerte afrentosa de su Maestro, llegaron casi á la desconfianza. Si la muerte se hubiese dormido sobre la losa del crucificado, ¿quién hubiera defendido la causa de un Dios impotente é infiel en sus promesas?

Los discípulos no ceden sino á la evidencia, y un apóstol mismo quiere tocar para creer. El mismo dia de la resurreccion aparece Jesucristo á los suyos, rodeado con la luz de su gloria, y les dá la mision augusta de anunciar á la tierra la verdad, la penitencia y la misericordia, ¡Qué idea! En un extremo del imperio romano, sobre un mundo inundado de crímenes y de idolatría, ¿quién despues del oprobio de un suplicio hubiera alentado á sus secuaces despavoridos? ¿Quién les hubiera comunicado la fuerza celestial para mudar la faz del universo y enarbolar la humilde y dolorosa cruz sobre los templos del error, de la molicie y del orgullo? ¿Cómo empezar, seguir y consumir esa regeneracion humana? ¡Razon miserable! Adora á tu Hacedor resucitado. Si quieres negar el sol, sepúltate en la noche de un sepulcro, y no ofendas con tu presencia la naturaleza llena de su luz.

Los guerreros asombrados abandonan el monumento sellado que custodiaban. Los apóstoles intrépidos proclaman por los ámbitos del mundo al Dios resucitado, y su sangre es el garante de su anuncio. El sublime Pablo es deslumbrado por la luz de esa gran verdad, y su voz se oye por toda la tierra. La fé del Dios humanado se esparce rápidamente, llena las academias de los filósofos, los palacios de los reyes, las ciudades y los bosques. Millares de mártires la rubrican con su sangre; los tormentos, las fieras

carnívoras no infunden terror: la muerte perdió su imperio. Las prisiones, los hierros y el fuego son señales de triunfo como la cruz. El hombre acabó su esclavitud: todos suspiran por una patria verdadera y perdurable; vense sembrados por los sepuleros principios de inmortalidad. La resurreccion de Jesucristo se multiplica en cada uno de los fieles. En la persecucion se renueva este dia grande, y llenos de júbilo hacen resonar el grito *¡Aleluya!* Dios y los cielos responden *¡Aleluya!* En medio de la paz universal claman á una voz *¡Aleluya!* Diez y ocho siglos han visto el clamor de gloria, los que saldrán del abismo de lo futuro repetirán *¡Aleluya!* y aniquilado el Universo, la Iglesia triunfante hará sonar por los espacios infinitos al Dios de la eternidad: *¡Aleluya!* *¡Aleluya!*

En los cuarenta dias que siguieron á la resurreccion, el Señor se dejó ver á menudo por los apóstoles, y en ocasiones diferentes, ya en traje de hortelano y viajero, ya introduciéndose prodigiosamente en el oposito en que se hallaban reunidos, y cerradas todas las puertas. Sabida es la tenacidad del apóstol Tomás, en no creer en la resurreccion de su divino Maestro, sino sobre el testimonio de sus sentidos, y su confusion despues delante del Señor. Véase cómo la fé reportó un triunfo de su misma incredulidad.

¿Por qué brilla el recinto venturoso
De repente bañado en lumbre pura?
¿Tal vez alzóse de la tumba oscura,
Cual lo predijo, el Vencedor glorioso?
La dócil grey en éxtasi amoroso
Se arroba contemplando su hermosura,
Y aquel que no creyó, mete en la hondura
De sus llagas el dedo tremuloso.
El atónito apóstol que le adora
La ruborosa faz corrido esconde,
Porque el triunfo osó negar de CRISTO,
Y miéntras mudo su perdon implora,
EL DIOS resucitado le responde:
¡Feliz el que creyó, sin haber visto!

Mas acercábase la hora en que despues de haber instruido Jesucristo á los suyos sobre el modo con que debian predicar su celestial doctrina, y doblar suavemente el mundo al yugo santo del Evangelio, los eternos decretos le llamaban al cielo, cumplida ya sobre la tierra su mision augusta. El dia que cumplia los cuarenta de su resurreccion, salió con sus apóstoles de Jerusalem, sobre el medio dia, y se dirigió á las alturas de Betania, lugar que habia sido tantas veces testigo de las plegarias, de los sudores, de las angustias y de los padecimientos del Salvador, y que iba ahora á recibir sus últimas pisadas ántes de subir al cielo.

«Llegado á la cima de la alta montaña, dice Orsini, desde la cual se descubre el mar Muerto, las aguas profundamente encajonadas del Jordan y las gigantescas palmeras de la llanura de Jericó, el Salvador se detuvo en un espacio libre á corta distancia de un bosque de olivos, que fué cortado por los romanos en la época del sitio de Jerusalem.»

¿Y qué va hacer allí el Hijo de María? Parémonos un instante en este misterio, en el cual se encierran como en compendio otros misterios, los espacios y los tiempos, el universo y la eternidad. Ante todo, advertimos en el ascenso del Hombre Dios el mas glorioso, el inefable triunfo de la naturaleza humana. Grande fué su elevacion, cuando el Verbo inmortal se unió á ella en el seno virginal de una criatura. Mas cumplido el soberano designio de la rehabilitacion del hombre, podia deshacerse de ella, y volverse al seno del padre, como persona meramente divina. Pero nó, Dios Hombre resucitado y glorioso, asocia nuestra naturaleza á su inmortalidad, y es y será por eternidades el Hombre Dios en la diestra del Padre. ¡Qué gloria, que infinita gloria para nosotros, criados de barro animado por el soplo de Dios, tener sobre el trono de los cielos un semejante nuestro en Dios Hijo, revestido de nuestra carne; una persona divina que representa, por decirlo así, toda la humanidad redimida y reconciliada con Dios, y que entre los eternos resplandores que la rodean, presenta las formas humanas, la figura que le plugo el Dios dar-

nos cuando dijo, criados ya los mundos: ¡Hagamos al hombre á nuestra imájen!

Antes de elevarse, pues, el Hombre Dios al s6llo de su eternidad, diriji6 la palabra á sus elejidos. El Espiritu Dios descenderá sobre vosotros y os dará fuerza para ser mis festigos en Jerusalem, en Judá, en Samaria, y en toda la tierra hasta el fin de los tiempos. «Y acercándose á sus ap6stoles, fija en ellos las últimas miradas de su infinita bondad, levanta sobre ellos sus manos divinas y vuelve hablar: «Dios os guardé y os proteja; él os ilustre, y su gracia sea en vosotros y su mirada os siga y os dé la paz inmortal.» ¡Cielos y tierra! vosotros lo sabeis, despues de haber así bendecido á sus discípulos, el Hijo del Eterno habia acabado su mision sobre la tierra. Una nube diáfana descendiendo de las alturas de lo infinito, se acerca, llega, cubre al Mesías como un manto de luz, y sube con él delante de ciento y veinte mortales absortos. Los fieles le siguen con su vista, y sus ojos quedan fijos en el azul del cielo. Los últimos espíritus celestes de la comitiva divina, brillantes como el ampo de la nieve, se dirijen á los discípulos y les dicen: «¿Que aguardais aqui? Jesus á quien acabais de ver subir al cielo, estará siempre con vosotros.» Los dos inmortales han desaparecido: los coros llenan los espacios etéreos con los himnos de gloria al triunfador de la muerte: los cielos se preparan para la entrada solemne del Hombre Dios..... y los ap6stoles descenden silenciosos del monte de las Olivas, esperando el bautismo de fuego con que ha de bañarlos el Dios Espiritu para la conquista del mundo.

Mas ¡ay! que la nube que envolvió á Jesus como un manto de gloria en su ascencion á los cielos, ha de volverle á traer en el último dia de los tiempos para juzgar la especie humana! ¡Ent6nces la humanidad presente de Jesucristo, que reina en el cielo, aparecerá formidable contra los que han degradado en sí mismo á fuerza de iniquidad la imágen del Hombre Dios, la naturaleza rescatada con sus humillaciones y con su sangre! ¡Ent6nces sonará la trompeta de las venganzas, y el fuego de la

justicia, alentado con el soplo de Dios, reducirá á pavesas las maquinaciones de los hombres, y hasta el globo que les sirvió de peana para insultar al cielo! La ascencion, pues, se enlaza con el futuro descenso, la despedida con la vuelta, el dia apacible y postrero de la obra de la redencion con el dia terrible de la satisfaccion y de la vindicta; la nube en que se eleva el Señor derramando bendiciones sobre el mundo recién redimido, es la nube que ha de traerle para juzgar á los siglos con la llama de su poder.

¿Por qué velado de nube cándica
Sube y sorprende los ojos míseros
De los mortales, junto á Betania
El Hombre Dios?

¡Ah! ved sus huellas: marcado mírase
Sobre la arena su pié pacífico,
Y el aura llena de olor balsámico
Celeste luz.

¿Qué haceis postrados? ¿qué mas at6nitos
Pedis al cielo? ¿qué otros prodigios,
La vista alzada, del aire fúlgido
Ora aguardais?

Voló y cercóle la luz espléndida
De inmortal gloria, y á los alcázares
Del alto empíreo tiene su s6llo
Que ocupa ya.

¡Ah! vos le visteis manso y pacífico
Bienes do quiera derramar pr6vido,
Y á su voz sola darle su víctima

La muerte atroz.
Y en Galilea y en Tiberiádes
Presta natura cumplir sus órdenes,
Y obedecerle las ondas dóciles
De inquieto mar;

Y derramando sangre purísima

En leño infame fallecer lánguido,

Y horrorizado su faz flamígera

Cubrir el sol.

Ya redimida la gran progénie

Del que gustara fruta mortífera,

Asciende orlado de la victoria

El Salvador.

A dó reinando potente, altísimo

Cabe su Padre y Amor-Espíritu

Hasta el terrible día de cólera

No bajará.

De la trompeta ya el son horrísono

Del ancho mundo llena los ángulos:

Las sordas tumbas al querer ábrense

Del que tronó.

¡Y guay! Sus penas vomitan pávidas:

Generaciones brotan, agólpanse

Sobre mil otras, que años sin número

Dormian ya.

Y de vivientes cual ondas túmidas

Que se atropellan la tierra, inúndase,

Que á torbellinos al val derrámanse

De Josafat!

Y de repente cesa el estrépito:

Reina do quiera silencio lóbrego,

Y ¡miserable! aguardo trémulo

La voz del Juez.

Es de notar que la ascension del Señor no aparece con aquel carácter sombrío y terrible que helaba de espanto á los pueblos de los antiguos tiempos. No se oyen allí los bramidos del trueno, ni fulgura el siniestro resplandor del rayo, como en la cumbre del Sinaí, ni un carro de llamas desciende para arrebatarse á

Jesús como al profeta del Carmelo. Jesús se levanta suavemente por los aires, y le envuelve una nube con serena y apacible majestad, que guarda analogía con el dulce y amoroso carácter de la ley nueva, que ha traído á la tierra para los justos una parte de las dulzuras del cielo. El aparato formidable de un Dios vengador, se aguarda para el último de los días, cuando revestido con los rayos de su poder, descenderá al culpado é ingrato mundo, á pedir cuenta á los hombres de la sangre que derramó por ellos.

El sublime Klopstock sigue en alas de su fantasía poética la marcha triunfante del Hombre Dios al través de los astros y de los espacios, hasta sentarse en la diestra del Padre. Ved ahí una muestra de su poesía magnífica: nos parece que el genio alemán, tan elevado como el cantor inglés del *Paraíso perdido*, se remonta á las regiones más encumbradas de la poesía cristiana. ¡Cuán claro se deja ver en este poema que el verdadero manantial de las inspiraciones sublimes y fecundas se halla en las doctrinas de la Fé, y que, como dijo muy bien el apologista más célebre del cristianismo de este siglo, la religión es la única que merece reinar sobre la lira!

«Marcha ya el mediador supremo más allá de las regiones de la nube, rodeado de la multitud resplandeciente, y siguiendo la senda luminosa que conduce al eternal trono. Delante de todos lánzase Gabriel, cuya celeste cabellera flota en lijeros bucles en torno de su radiosa frente: el arpa de oro toma alma en sus manos, y forma con la voz del arcángel dulcísimos conciertos.

«¡Empesad el canto de triunfo! Mas no os abandonéis á los raptos de un entusiasmo temerario! El himno de Jesús es el que vais á cantar! ¡Este himno entrará en los siglos eternos y resonará por los inmensos espacios!

Uno de los coros de los mortales resucitados deja escapar sus trasportes de terror y de alegría. Las arpas melódicas mur-